LA INTELIGENCIA PLANIFICADA (*)

POR

MICHELE FEDERICO SCIACCA (†).

Francisco Emilio Babeuf, llamado "Graco", ideólogo más que revolucionario, intuyó que la Revolución francesa había sido el triunfo de la burguesía y el aplastamiento de la clase campesina, pese a la fiesta del Ser supremo que instituyera Robespierre y a las fallidas tentativas de política social. De aquí su "comunismo" codificable en una ley agraria que sancionara la comunidad de bienes y de trabajo —todo a base de hacerlo triunfar por la dictadura de la minoría levantisca— y la "conspiración de los Iguales", organizada del brazo de Felipe Buonarroti y que, fallida y reanudada, vino a costar en 1796 la cabeza al mismo Babeuf. No nos interesa hacer notar que "Graco" es acaso el primero en haber transformado el comunismo, de una utópica y académica práctica literario-filosófica, en una idea-fuerza; sino más bien poner de relieve un ingrediente suyo, hoy de actualidad en los Países que se dicen "desarrollados", con vistas a realizar la Sociedad de los Iguales.

Igualdad absoluta de oportunidades y comunión de bienes y trabajo; muy bien. Pero, admitido que sean realizables tales igualdades y tal comunición, todavía las desigualdades salen a luz: iguales

(*) Artículo publicado en IL TEMPO de Roma del 19 de mayo de 1972, recogido en IL MAGNIFICO OGGI (Roma *Culta Nuova Editrice)*, volumen póstumo, en el cual María Manganelli ha recopilado los artículos que nuestro egregio maestro publicó desde 1970 a 1974, de los cuales ya hemos publicado en VERBO 147, LA RAZÓN ENLOQUECIDA, y en VERBO 151-152. EL CAMPO Y LAS RAÍCES DE LA CIVILIZACIÓN. El magisterio de Sciacca (q. p. d.), sigue vivo para nosotros, y en este artículo nos ilustra profundizando hasta la médula de lo que hoy se denomina «igualdad de oportunidades».

Fundación Speiro

en el punto de partida, al compás que van corriendo, los hombres se van distanciando, pese a que se les preste a todos la más perfecta asistencia igualitaria; uno va delante, otro queda atrás. No diré que ello sea porque uno es más desaprensivo o pícaro que el otro, más sin escrúpulos o sinvergüenza, pues esto, por las buenas o por las malas, quizá podría remediarse, sino porque uno es más inteligente que otro, corre más y por tanto llega más lejos.

Babeuf intuyó que no basta la igualdad de condiciones ni la comunidad de bienes y de trabajo para conseguir la realización de una Sociedad de iguales; es menester acabar, mediante un tipo de escuela y de cultura adecuado, con la inteligencia, que es la aguafiestas reaccionaria que trae consigo todas las desigualdades. Por eso "Graco", además de proponer que los hijos sean sustraídos a sus familias y confiados al Estado, que coman y vistan de la misma manera, exige que cada uno de los miembros no estudie sino una sola cosa; y que ella sea siempre de utilidad para el bien de la comunidad, a fin de impedir precisamente que la inteligencia pueda minar la igualdad absoluta de todos.

Babeuf individualizó bien al "enemigo" del igualitarismo, lo mismo que el remedio para combatirlo: mientras se dé la posibilidad de que la inteligencia se cultive y se desarrolle libremente, no habrá igualdad de condiciones posible; las desigualdades aflorarán siempre. Pero hay un remedio para impedir que ello se reproduzca: someterla a un tratamiento social y escolar que la esterilice de manera que no se trueque en amenaza para la igualdad. Más aún, se la puede sofocar no bien nace, eliminando el concepto de cultura —que es saber unitario y formativo, "aristocrático", y por tanto propio de inteligentes, de mentes capaces de profundización y de síntesis— y sustituyéndolo con una instrucción rigurosamente especializada, exclusivamente informativa y útil, que adormezca para siempre el pensamiento crítico y el libre estro creativo en beneficio del todo tecnificado, formalizado y funcionalizado.

Babeuf ha sido un precursor de la planificación organizada por los "cerebros" para la igualación de las "mentes": las semillas de su cerebro se han covertido hoy en la selva que ahoga la inteligencia y la verdadera cultura, y con ello, la libertad. En efecto, por un

Fundación Speiro

lado se hace cada vez más pesante y despiadada la persecución de la inteligencia y de la cultura y de la verdadera escuela formativa, privilegio, dicen, de algunas mentes reaccionarias y, por ello, fuentes de alienación y de esclavitud; por otro, la cultura y la escuela democráticas se identifican con el derecho a saber cada vez menos y a quedar cada día a nivel más bajo, para evitar así que emerjan o se levanten cabezas que hagan peligrar la igualdad. No cabe duda, reducidos a los pies, los hombres tienen la misma altura. El silogismo no tiene escapatoria: todos los privilegios deben ser abolidos; la inteligencia y la cultura son privilegios; la inteligencia y la cultura deben ser abolidas.

Pero inteligente se nace, no nos hacemos. ¡Bah! Como hay sistemas económicos que igualan a todos de manera que no haya pobres ni ricos, así lo hay para impedir el crecimiento de los "superdotados": es el de aniquilar la cultura, que es la responsable de que se produzcan seres privilegiados opresores y autoritarios. Y cultura son los "clásicos", en cualquier campo del saber, aquellos que avivan el pensamiento y lo aguzan, encienden la fantasía y la hacen creadora, alimentan los sentimientos y los hacen generosos y magnánimos. Por tanto, guerra a los "clásicos", que engendran la "meritocracia" antidemocrática o antiigualitaria, hacen "culta" la inteligencia y marcan las distancias, producen los desniveles, originan los complejos (sobre todo en los hombres de gobierno y en los "expertos" de las reformas), humillan a la masa y provocan el "resentimiento" de quienes no tienen el privilegio de la inteligencia; en una palabra, resultan represivos, antisociales y anticolectivistas.

De aquí proviene el empeño por una nueva escuela "democrática" altamente "promocionante", cuyo fin no es otro que el de meterlos a todos, como en un saco, en las aulas (cuando las hay) y donde ni hoy ni mañana se debe hablar nunca de Platón o de Hegel, de Esquilo o de Dante, de Goethe o de Leopardi, ya que esto es un inútil lujo que provoca desigualdades intolerables, sino sólo de cuestiones del día, de las necesidades perentorias de la sociedad, de todo lo que sucede y de cuanto registran las crónicas de los diarios. Lo que equivale a hablar de una escuela de ciegos, puesto que las cosas sólo se ven bien a una prudente distancia, y los pro-

Fundación Speiro

blemas se resuelven cuando quien se los plantee tenga una mente madura, maduración que sólo una libre escuela de cultura puede procurar.

Pero es esta maduración la que no quiere la "democracia cultural", sustentadora de la tesis de una escuela para todos, más "estructurada", de manera que la inteligencia se anegue en un ambiente que le impida su desarrollo. Naturalmente, los autores y los docentes deben estar al mismo nivel que los lectores y discentes: iguales los que escriben y los que leen, los que enseñan y los que aprenden. De donde se sigue que el inteligente, como tal, al considerársele como imputado causante del "mérito" y la "selección", no tiene derecho a una escuela de cultura, sino que debe resignarse a un tipo de enseñanza que lo ponga en situación de no darse cuenta ni siquiera de su inteligencia, para que así no se alteren las condiciones de partida de la igualdad absoluta ni las bases para una "culturización" de todos al mismo nivel, que en fin de cuentas coincide con el de los nabos o las gallinas. Se llega así a la escuela de Makarenko, que es ya también nuestra: centro de "producción" del "hombre colectivista", destinada a hacer nacer "una única opinión colectiva", y donde "lo que dice uno lo piensan todos". A este fin hasta con una "técnica pedagógica" que se ha de aplicar a una la "buena y complicada máquina" como es el llamado estudiante.

Pero cultura es libertad, y no hay libertad sin cultura, cuyo empeño social es justamente el de contribuir a la libre formación del hombre integral, que, a su vez, tiene como cometido indeclinable el decir, aun cuando no guste, la verdad que se ha pensado largamente, una verdad que, a partir del propio tiempo, valga para todos los tiempos. Ya antes de la revolución del 48, Tocqueville, genial pensador político, comprendió que la igualdad vendría a ser la nueva idea-fuerza de la sociedad moderna, destinada irremisiblemente a ganar espacios cada día más vastos. Pero junto con la señalización de la potencialidad expansiva de los ideales democráticos, indicaba también, al par de los peligros, los remedios.

Peligro gravísimo: la absolutización de los "mitos" de igualdad y democracia, que traería como consecuencia comprometer seriamente los valores de la persona y de la sociabilidad, expuestos a

Fundación Speiro

verse aniquilados por la lógica puramente cuantitativa y niveladora de tales mitos. Según observa en su gran obra juvenil *La democracia en América,* la igualdad absoluta de condiciones, sin libertad, puede darnos la sociedad del bienestar, pero con la contrapartida de anular el concepto mismo de civilización o cultura en su más auténtico significado. Por un lado, se alimenta el espíritu individualista y hedonista, disolvente de la sociedad y el Estado, y, por otro, se permite o consiente pasivamente la uniformidad, corriendo fatalmente hacia la centralización y la hegemonía estatalista: dos extremismos que se reencuentran y acaban por destruir la democracia, que sólo es capaz de conservar su equilibrio si sabe encontrar los correctivos del individualismo y el colectivismo por encima de una lógica puramente cuantística y mecanicista.

Esa otra lógica, correctora de la precedente, es exactamente la de la cultura, la misma de la libertad. Sin ella, la "democratización" de la enseñanza y de la cultura resbala por la pendiente de un igualitarismo que lleva fatalmente a la sumisión de las masas a un poder totalitario, sea cual fuere la modalidad bajo la que quiera configurarse. El igualitarismo puro, muerte de la inteligencia, de la cultura y de la libertad, es la igualdad en la esclavitud.

Fundación Speiro